# CON LA FRENTE MARCHITA

SERGIO STIPANIC POUEY



Ediciones Botella al Mar

SERGIO STIPANIC POUEY

# CON LA FRENTE MARCHITA

Ediciones Botella al Mar

# LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Cuando Benedetti descendió esa mañana en Carrasco del Boeing que lo trajo de Europa jamás imaginó lo que le sucedería horas después.

Luego de abrir la valija, ordenar su ropa y ducharse, decidió en ese mediodía de sol invernal caminar por la rambla de Pocitos. No había dado ni siquiera diez pasos cuando comenzó a ascender en posición horizontal y quedó levitando a la altura de un segundo piso de los edificios de enfrente.

Al principio sólo las gaviotas se percataron del extraño suceso. Sobrevolaban en vuelos rasantes sobre el cuerpo del levitante con cierto temor y analizando al intruso que permanecía atónito mirando hacia todos lados sin atreverse aún a

pedir auxilio por no saber si todo eso no era más que un terrible sueño. Poco a poco, las gaviotas se animaron más. Hubo una que se posó sobre el sobretodo azul de Benedetti y allí se quedó. Un solitario aerobista que corría por la arena húmeda con un equipo deportivo y una toalla en su cuello descubrió de pronto al levitante, suspendió de inmediato su carrera y le gritó con solidario e imperante tono:

— ¡Bájese de ahí. Tírese en la arena!

— Eso quisiera, pero no puedo- respondió con voz quebrada y lastimera Benedetti.

Concomitantemente, los automovilistas de la rambla también habían descubierto al extraño hombre de bigotes que enfundado en su sobretodo azul parecía dormir en el aire con sus dos manos cruzadas sobre el estómago. Los autos frenaban y se detenían para observarlo. De los ventanales de los edificios cercanos se veían rostros con la mirada dirigida hacia él. Hubo muchas llamadas telefónicas a la policía, prensa oral y escrita, bomberos. Las sirenas no tardaron en oírse por la rambla.

A esa altura de los acontecimientos muchos curiosos estaban ya sobre la arena y sentados sobre el muro no descuidando detalles. Al escuchar la noticia por las radios y los

canales de televisión que ya estaban allí con sus equipos de transmisión y sus cronistas, varios grupos de umbandistas con sus paes habían traído velas y sanjorges ofreciéndoselos a Oxalá ante lo que creían un milagro candomblero.

De pronto llegó el ministro del Interior. Un auxiliar le alcanzó un megáfono y éste se dirigió al levitante rogándole que depusiera su actitud, que estaba alterando el orden público, que si quería suicidarse no lo hiciera, etcétera. El levitante le aclaró que era Benedetti, el escritor, que no tenía ninguna intención de suicidarse y que si no bajaba era porque no podía hacerlo. El ministro entonces cambió el tono de voz:

¡Otra vez buscando problemas, Benedetti! ¡Nuestro país y nuestro pueblo votó por la paz social!

Dicho esto se retiró ofuscado.

Los bomberos, entonces, comenzaron a actuar. Se instaló una gigantesca escalera móvil del equipo de rescate y un oficial llegó hasta el cuerpo del infortunado. Como los tirones de brazos y piernas hacia abajo no dieron resultado y sólo consiguieron gritos de dolor del levitante, decidieron deponer su actitud de rescate.

Le tocó el turno a la Iglesia. Llamaron al arzobispo de Montevideo que llegó prestamente ante lo que supuso un

sacrilegio. Subió por la escalinata de los bomberos y comenzó a hablarle a Benedetti casi al oído.

— Sólo el hijo de Dios, Jesucristo, fue capaz de realizar estos milagros. Te invito a que depongas tu actitud. Déjate llevar por la fe en Cristo y te salvarás de este sacrilegio y de una caída que te hará romper los huesos.

Benedetti no contestó. Pero, sobre su cabeza, se pudo ver un aro incandescente de santidad que terminó por espantar al cura que bajó precipitadamente la escalera y se dirigió a dar una misa con sus seis monaguillos.

El sol de la tarde invernal cayó finalmente sobre el horizonte. Los curiosos comenzaron a retirarse. Sólo quedaban algunos periodistas y policías. Comenzó a soplar un fuerte viento del sur. La noche se hizo muy fría. De pronto, Benedetti empezó a desplazarse, siempre en la misma altura, por la rambla, llevado quizás por el viento. Y así llegó al gasómetro. Luego ascendió por Andes hacia el Centro. Dos helicópteros de la Armada seguían su trayectoria y se comunicaban por radio con tierra, así es que un nutrido conjunto de autos y sirenas escandalizaban la noche de la ciudad.

Finalmente, llegó a 18 de Julio. Allí viró por la avenida hacia la Plaza Cagancha. Cuando llegó a ésta, Benedetti logró

sujetarse de la estatua de la Libertad y descubrió que su cuerpo tenía consistencia y peso nuevamente, tanto es así, que permaneció abrazado de la misma para no caerse. Había terminado la levitación.

Cuando lo ayudaron a descender no quiso hacer declaraciones a la prensa.

Sólo se limitó a pedir un café.

# EL VIEJO Y EL MAR

El silencio de la noche de otoño se interrumpía con el rugido de las olas que golpeaban desde siempre las rocas de Cabo Polonio cada cinco segundos. Mientras, se preparaba el asado en el quinchado del Gringo quien era el único que tomaba whisky y lo hacía directamente de la botella. Los demás, todos pescadores, bebían caña brasilera en vasos grasosos y los servían de la damajuana que habían comprado días atrás en el almacén de Pepe, en Castillos. La velada era acompañada también con el mate. Cuatro de ellos jugaban al truco, gritaban "¡Venga a mí, compañero!", amenazaban, reían.

El Gringo, como así lo llamaban en el pueblo desde que llegó unas de esas tardes, nunca se supo cómo y decidió quedarse para siempre en Cabo Polonio, disimulando un acento

inglés contaba historias de mar a tres adolescentes mientras Arispe cuidaba el fuego y corría las brasas.

Tilingo, hijo de Arispe, se mostraba especialmente entusiasmado por los relatos del viejo que, aunque nunca declaró su edad, debía pisar los setenta. Este iba ya por la media botella, como era su costumbre diaria, y se satisfacía del interés de Tilingo por los cuentos. Tal es así que había traído de Rocha, tiempo atrás, una caja con libros diversos para el muchacho. Esto provocó el enojo de Arispe con el viejo porque Tilingo ya no se preocupaba de preparar las redes ni los palangres y se pasaba horas enteras tirado en la playa, leyendo con fruición.

El asado estuvo pronto. Esa gente, que vivía del mar, se alimentaba sin embargo de carne vacuna o de cordero. El pescado era sólo para la venta. El Gringo había logrado que comieran, a veces, pescado preparándoles en una olla grande chupines de corvinas y pejerreyes.

El viejo de barba blanca tenía dos grandes pasiones: los tiburones y el whisky. La primera lo rejuvenecía, lo mostraba alegre, reía a carcajadas cuando lograba capturar un escualo desde la embarcación que Arispe había bautizado "Virazón I". El whisky lo sumía luego en grandes depresiones, se encerraba en su cabaña sin querer hablar con nadie y cada

vez necesitaba más dosis de alcohol para poder dormirse. Sólo Tilingo podía despertarlo de esa vaguedad de sus pensamientos luego de los picos de las crisis.

Una tarde de verano, donde el termómetro marcaba los 37°, el viejo invitó a Tilingo a salir a la mar. Esta estaba quieta como el agua en una piscina. El viento había desaparecido. Prepararon la chalana con los aparejos después de haber echado queroseno al Yamaha. Empujaron al agua la pequeña embarcación y a los diez minutos estaban a trescientos metros de la costa. El viejo estaba raro. Sin embargo no había bebido. Pero Tilingo podía observar unos ojos que sólo miraban el horizonte y el sol que era una verdadera bola de fuego. Comenzó a hablarle al muchacho de cosas ininteligibles para éste, repitiendo muchas veces: "cuando yo escribía". Luego, hablaba en inglés. De pronto, miró la reverberancia de los rayos solares en el mar calmo, miró al muchacho y pareció recobrar la lucidez.

—Cuando vuelvas, en mi cabaña, tengo un baúl con más libros para tí... y una máquina de escribir. Yo he terminado contigo.

Luego de decir ésto, lo abrazó fuertemente y se tiró al agua.

Tilingo gritó desesperadamente. El viejo desapareció hacia el fondo del mar luego de agitar por unos instantes sus brazos.

El muchacho esperó vanamente. Intentó tirarse al agua pero, por una fuerza extraña, se quedó quieto. Si era su deseo, pensó, mejor así.

A la caída del sol regresó. No comentó nada en el pueblo. Fue derecho a la casa del viejo y encontró el baúl. Había unos cuantos libros, todos firmados por un mismo autor. De pronto, abrió uno de ellos: "El viejo y el mar". Dentro, había un pasaporte norteamericano con la foto del Gringo y un nombre: Ernest Hemingway

# CAPERUCITA

Ahora bien. Noches y noches soñé con ella. Como durante mi infancia mi madre se entusiasmaba antes de que me durmiera relatándome esa gran tragedia de una niña bonita, culta, de cabellos rubios y trenzados comida por el lobo feroz, yo soñé equivocadamente. Y digo equivocadamente porque hoy, que conozco la verdad y tengo la certeza de que mis preocupaciones por ella estaban infundadas, les confesaré que esta es una historia muy distinta a la que ustedes también estuvieron acostumbrados a escuchar.

En principio les advertiré que Caperucita no era ni una niña linda, ni sus cabellos tenían trenzas rubias, ni cantaba con voz de soprano, ni recogía cerezas en el bosque, ni era amiga de los conejos. Era una niña tonta, engreída. Sus cabellos castaños, sucios y desordenados harían recordar a

los de una bruja. Gustaba maltratar a los animales del bosque, tirarles piedras a las garzas de la laguna y robar los huevos de los nidos de las perdices. Su ropa era la de una campesina y su madre la enviaba frecuentemente a la casa de su abuela rica, que estaba ubicada en un solitario lugar del bosque y que tenía solarium y piscina y un bello jardín con rosas de todos los colores del arcoiris traídas desde los lugares más remotos del mundo, desde Japón a Gabón. Dicho jardín, en el cual había mesas y sillas blancas donde la abuela se sentaba a tomar el té por las tardes, estaba cuidado por un jardinero que tenía un hijo adolescente, tan delgado como holgazán.

En uno de esos viajes a través del bosque, Caperucita, que era una niña bastante tonta como ya dije, se perdió. Llegó la noche. Un viejo lobo a quien el paso de los años lo había dejado sin dientes en la boca, se le acercó a preguntarle a la niña, que lloraba desconsolada al pie de un frondoso árbol. Esta se asustó pero al ver el hocico desdentado del viejo lobo volvió a tranquilizarse. Luego de explicarle lo sucedido el lobo prometió conducirla hasta la casa de su abuela. Conocía perfectamente el camino. Así lo hizo. Poco antes de llegar a la casa el viejo animal desapareció entre los árboles sin que la niña se diera cuenta.

Pasaron los días. Los viajes de la niña eran cada vez más frecuentes hacia la casa de su abuela. No creo que el motivo fuera el amor por la vieja ni las compensaciones en dulces y mermeladas ya que ésta era bastante avara y apenas sí la convidaba. Creo que lo que influía era la presencia del hijo del jardinero. Juntos iban a pescar al río o se sentaban en un tronco caído a contemplar las puestas de sol. Caperucita tenía muchas ambiciones de riquezas y collares de perlas. El hijo del jardinero también soñaba con viajar por el mundo.

Un día sucedió lo previsible. La anciana había desaparecido y había desaparecido su cofre repleto de monedas de oro. Pero hay más. Habían desaparecido Caperucita y el hijo del jardinero. Ni un rastro. El jardinero calculó que el culpable podía ser el viejo lobo. Lo buscó por el bosque hasta encontrarlo y darle muerte de varios hachazos.

Días después el cuerpo sin vida de la abuela apareció flotando en el río.

# LOS CIGARRILLOS APAGADOS

En una mesa del Sorocabana se discutía acaloradamente sobre la guerra. Franco había tomado Madrid la madrugada anterior. Los aviones nazis habían bombardeado la ciudad durante una semana. El grupo de la mesa estaba constituído por españoles exiliados. Había uno de ellos que permanecía callado. Sólo se limitaba a fumar ininterrumpidamente con la vista perdida en la Plaza Cagancha que veía a través del amplio ventanal. El mozo sirvió una nueva ronda de pocillos de café. De pronto, el tema de la guerra desapareció de la mesa. Margarita miró el reloj. Debía irse al teatro. Estaba sentada al lado de Machado que permanecía mirando la plaza y fumando, sosteniendo con la mano izquierda el bastón y el sombrero gris. Alberti aprovechó la silla vacía que

dejó Margarita para apoyar un viejo y raro ejemplar de Rimbaud, con tapas en cuero, que había adquirido horas antes en una librería de la calle Sarandí. Ahora se hablaba de poesía. Machado permanecía callado y fumando. La reunión llegó a su fin. Cuando Alberti se levantó y fue a recoger el libro de Rimbaud descubrió perplejo que éste tenía la tapa quemada por las colillas de cigarrillos que Machado había depositado sobre él.

# ESPERANDO A BORGES

Cuando me propuse matar a Borges elaboré un plan que creí perfecto. Primeramente recorrí varias librerías y adquirí y luego leí algunos de sus libros. Otros los pude leer en la Biblioteca Nacional ya que estaban agotados. Tuve que soportar sus poemas y sus cuentos absurdos. Si alguna duda me quedaba del odio que yo sentía por ese viejo ciego ésta se vio disipada luego de leer toda su obra. Quería conocerlo bien y a un escritor se lo conoce por lo que escribe.

Después de dos meses de lecturas averigüé en la guía telefónica su domicilio. Todas las tardes siguientes me ubiqué en la esquina de Esmeralda y Córdoba mirando atentamente hacia la puerta de la vieja casa. Nadie salía ni entraba. Así pasaron once días. Al siguiente, decidí apretar el timbre del portero eléctrico. Una voz entrecortada que denunciaba el paso de los años me respondió: "he salido de

viaje. Pronto regresaré. Deje su mensaje". Viejo ciego, me dije, todavía puedes caminar. Ya regresarás y entonces, cuando te encuentre, no viajarás más.

Pasaron varios días y nada. Decidí esperar un mes más.

Seguí vigilando en la esquina. Borges no se aparecía. Entonces me propuse averiguar en la farmacia de enfrente.

— ¿El señor Borges no ha venido por aquí?

El farmacéutico me miró como se miran a los locos, con mucha lástima.

— El señor Borges no vendrá más por aquí porque hace tres años que ha muerto.

Salí corriendo. Lo primero que se me ocurrió fue romper a patadas la puerta de la casa del viejo maldito. Me sentía estafado. Pero quise cerciorarme bien de que el farmacéutico no me hubiera mentido. Apreté el timbre del portero eléctrico. La misma voz de la otra vez me contestó: "Te dije que estaba de viaje. Si quieres matarme, espera que regrese".

Todos los días, a las cinco de la tarde, espero con mi cuchillo en la cintura la llegada del viejo ciego en la esquina de Esmeralda y Córdoba.

# RODRIGUEZ

Las luces estaban ahí, opacas, como un pasaporte al pasillo de gastadas butacas o a lo desconocido. El Teatrito de las Estrellas del Pueblo no podía competir a pesar de sus rojas candilejas con el Gran Teatro.

Un día cualquiera del frío invierno se reunieron las aristocráticas damas de la Comisión de Beneficencia de Cerro Chato y decidieron poner en marcha la construcción del Gran Teatro. Para ello donaron, previa consulta nocturna con sus respectivos maridos, la Criolla Estancia S.A. que era orgullo del poblado, con sus novillos y sus vaquillonas, sus toros de raza, sus ombúes, aguadas, casco de estancia, peones con caballo y recado, su escuela, perros amaestrados, galpones, establos, un jeep, dos camiones y tres tractores.

La venta se concretó con el consorcio American Mercosur & Company. Con el dinero recaudado se levantó un frondoso edificio blanco, cilíndrico, con butacas forradas en pana verde, excelente acústica, edificándose además un restaurante en uno de sus laterales que incluía un gigantesco parrillero. Fue éste el teatro más suntuoso que se conoció en todos los alrededores, y quizás el más moderno del país.

Así rezaba la placa metálica colocada hacia un costado de la entrada:

*"Aquí se levanta*
*la obra gloriosa*
*de dignas damas*
*que en aras*
*del Arte y la Cultura de Cerro Chato*
*supieron crear con bondad de espíritu"*

Y seguían los nombres de las nombradas.

La tarde de la inauguración, desde tempranas horas del mediodía, los jardines engramillados comenzaron a pisarse por botas, alpargatas, pies polvorientos. Un cartel de considerable tamaño anunciaba la actuación especial del famoso pianista norteamericano Peter Collins que ofrecería esa noche un concierto de gala.

Mientras tanto, el canal de televisión preparaba sus equipos. Los locutores de la Radio Libertad habían ya comenzado sus comentarios. La feria de artículos de exportación, instalada frente al teatro, se llenaba de curiosos. Había en los puestos mates labrados, realizaciones en cuero, vírgenes talladas en hueso. Los puestos de venta de chorizos y cocacolas abundaban tanto como el vino que se servía en forma gratuita.

Sobre el fin de la calle Constitución, Don Paco Espínola, propietario del Teatrito de las Estrellas del Pueblo esperaba en la penumbra de tono enrojecido y difuso, liando un tabaco. Había contratado, en el afán de una competencia en la cual nadie creía, la comparsa de negros lubolos de Rodríguez, con su cuerpo de baile completo de morenas, tamborileros, escoberos, banderilleros, mamas viejas y gramilleros. Siempre fueron atracción segura. Pero ahora había Gran Teatro, pianista norteamericano, feria y fundamentalmente, vino gratuito.

El pianista arribó con las últimas luces del atardecer en helicóptero. Fue recibido por el Intendente, la Comisión de Damas, la Comisión Económica de Propietarios de Estancia, el Juez, el Cura y el Comisario. A su paso, entre manos que buscaban estrechar las suyas, aplausos, empujones, agradecía con un repetido "tenquiú". Vestía impecable frac, camisa blanca, moña roja.

Mientras el pianista se trasladaba hacia el Gran Teatro las butacas de éste eran ocupadas por los miembros de las diecinueve únicas familias invitadas. El pueblo escucharía afuera, por los altoparlantes, el concierto.

A la media hora, todo estaba listo. Peter Collins se sentó al piano.

Los golpes uniformes, vibrantes, rítmicos de los tamboriles se sintieron cada vez más cerca.

El piano se quedó mudo. Las manos crispadas con sus dedos curvos permanecieron quietas en un acorde que no alcanzó a oírse. Murmullos en la sala. Algunos jóvenes comenzaron a reirse. Los que daban ahora un concierto eran los tamboriles. Un concierto raro, palpitante, profano. El sonido lo abarcaba todo, lo rodeaba todo.

Rodríguez llegó al jardín del Gran Teatro al frente de la comparsa de bailarinas de morenas piernas brillosas y caderas zigzagueantes al aire libre, de escobilleros envùeltos en mantos de sedalina roja y azul que hacían girar sus escobillas por la espalda, el cuello, las piernas con medias negras, los brazos; de banderilleros con enormes banderas multicolores con símbolos africanos, de tamboriles que aceleraban

los golpes a cada paso, de mamas viejas que reverberaban la noche con sus faldas adornadas por lentejuelas.

La avalancha se produjo como una ráfaga de viento y a los dos minutos todos marchaban calle Constitución abajo, al ritmo de la comparsa, hacia el Teatrito de las Estrellas del Pueblo.

Más atrás, corriendo despavorida, levantándose la falda del largo vestido de fiesta para correr más rapidamente, Doña Clarita de Amondagaray, la presidenta de la Comisión de Damas, llegó a alcanzar el comienzo de la columna.

— ¡Rodríguez... te vas a la puta que te parió!

# LAS FLORES DEL MAL

Charles Baudelaire recorrió la calle revieja que culminaba en el puerto. Descendió por Juan Carlos Gómez hacia el Bajo pisando con cuidado las baldosas para no salpicarse. La lluvia de abril había cesado ahora. Cuando llovía las calles del Bajo se llenaban de gatos, corridas, olor nauseabundo, reflejos enrojecidos de las marquesinas de los bares y misterio. El francés recordaba cuando unos años atrás había llegado en el "Clemenceau" y decidió quedarse para siempre en el puerto.

Terminaba la función de un cineclub y los intelectuales salían del mismo discutiendo el filme de Bergman. Los bares del Bajo se llenaban paulatinamente de pasajeros nocturnos, seres lindantes con la bohemia y el abismo. De los conventillos salían gritos y puteadas.

Iría a buscarla una vez más. Ella podría ser reina en esa noche. Ella era todas las que trabajaban en la noche del Bajo. Podía ser cualquiera, había muchas iguales a ella. Era una mujer en decenas de rostros y suspiros, en piernas al aire, en risas estridentes, en traseros notoriamente destacados por estrechas minifaldas.

Charles recordaría en esa noche húmeda aquella canción que gustaba oir de su viejo amigo marino mientras bebían en los más lejanos puertos:

*Anie*
*le fèmme belle*
*c'est malade d'amour*
*maladie ce qui trouble le coeur*

Sólo esa parte recordaría. De las ventanas de los bares de Juan Carlos Gómez asomaban las cabezas de las prostitutas.

-¡Hola franchute!
-¿Vamos a acostarnos esta noche, corazón?
-¡Vení papá!

Las mismas frases recontrahechas de siempre. Charles Baudelaire escupió hacia el suelo. Metió sus manos en los

bolsillos del pantalón para comprobar si aún le quedaba algo de dinero. Luego enfiló sus pasos hacia el "Ancla". De un manotazo abrió la puerta de vaivén. Allí estaba ella, como siempre, esperándolo. Ella podía ser Anie, así la llamaba sólo él. Luego de beber unos whiskies salieron. Esa noche, como casi todas las noches se tomarían un taxi y se irían a buscar un hotel, barato, sucio, y en una pieza con olor a humedad y cama hecha de prisa se mentirían mutuamente con las piernas entrelazadas, los juegos prohibidos, las palabras dichas a medias por temor a estafarse y ser sinceros.

Pasaron unos años. Gravemente enfermo, internado en el hospital Maciel, solo, sin más compañía que la misericordia de una monja, Charles Baudelaire, en ratos de alucinación, recordaría sus caminatas por el Barrio Latino, la Place de la Concorde al final de la Avenue des Champs Elysées, el Laperouse y, por instantes, a la morena del "Ancla".

*Anie*
*le fèmme belle*
*c'est malade d'amour*
*maladie ce qui trouble le coeur*

# EL CAUDILLO MURIO AL ANOCHECER

No puedo morir así, lejos de todo, lejos de mi vida, vacío, desnudo. Quiero morir arriba de mi caballo. Al galope. Como en mi tiempo verdadero, no éste que es sólo una forma de mentir, de matarme lentamente, irremediablemente, despacio, con días como noches, con noches como días largos y tediosos, con un desierto en la mente. El vacío. Ahora lo conozco. Muchos se fueron ya, otros se irán como me estoy acabando yo. Seco. En un catre. Estoy sin fuerzas. ¿Dónde está el negro, Ansina, mi fiel servidor? Dios lo guarde muchos años. Yo luché por su raza contra la esclavitud. Eso formaba parte de mi sistema. Esos negros... maltratados, dóciles, sin una tumba para descansar en paz.

Quiero a Morito. Quiero que me traigan mi caballo. Esta gente que me rodea no me entiende. Quiero a Morito. Galeano, si estás ahí tráeme a Morito. El animal representa la compañía que muchas veces los humanos no me dieron. Ahora es tarde. Si hubiera tenido más comprensión, menos intrigas, más lealtad en esos que me rodearon. Ahora ya es tarde.

Viejo y todo, soy capaz de trotar varias leguas arriba de Morito. ¡Para que pensar! Estoy en paz con Dios en mis últimos suspiros. Ya se lo había escrito a Sarratea: "Podrán arrancarme la vida pero no envilecerme". Y sigo pensando lo mismo. ¡Viejo necio! Creíste en muchos que no debías haber creído. Te burlaste del peligro en la batalla y no viste otros peligros.

Todo lo tuve en mi mano. No me puedo quejar. ¿Cuántos años tengo? Ochenta, ochenta y uno... Soy rencoroso. No olvido. Me quisieron llevar a mi tierra, ahora, Galeano, que ya no sirvo para nada, cuando ya estoy cansado, cuando voy a morir.

Todavía se seguían peleando. Rosas, Oribe, Rivera...

Y también los Pueyrredones...

Para que seguir pensando. Yo quería algo más grande. Se lo mandé decir a Sarratea, le escribí que la libertad de América era mi único anhelo.

Pienso en Andresito. ¡Pobre mi muchacho! El sí que salió bueno.

Se portó como hombre de bien, premió a los virtuosos y castigó a los delincuentes. Como yo lo quería...

Estoy viejo, ya no doy más, no puedo más. Los amigos me han faltado. Estoy viejo, gastado como el tronco de un árbol. Quisiera estar a la sombra del ybirapitá, mi compañero. El vivirá más que yo. Hace muchos años que me vine al Paraguay. ¡Como treinta!

¡Demasiado tiempo! Aquí me vinieron a ver algunos, recuerdo al francés sabio, a Bonpland. También recuerdo al porteño General Paz. Buen hombre. Los López son mis últimos amigos. Además de Galeano. Antes iba a visitar a los López una vez por semana a Asunción. Ellos me trajeron aquí. Si volviera a empezar... ¡Qué juventud que tuve! Era valiente, fuerte, nunca le rehuí al peligro. Me llamaron "el coquito de la campaña". Tenía todo en mi mano y los españoles lo sabían.

Recuerdo a Azara. De él aprendí muchas cosas. ¡Qué hombre digno! ¡Qué maestro!

Como quisiera ver de vuelta el río. Sólo eso pido. Ir a caballo, a las orillas del Uruguay y escuchar el canto de los pájaros.

Los años del contrabando. ¡Cuántos hombres conocí, Gaieano, que anduvieron en el trajín clandestino! Y eran valientes, sufridos.

La pobre Rafaela. Ella no pudo entenderme cuando me sublevé. Y enfermó de locura.

Voy a morir. Veo el río, mis amoríos con Isabel. Mis hijos. Mejor así viejo. Ya bastante has andado. Te has merecido este descanso.

¡Tráiganme mi caballo! ¡Galeano, te pido mi caballo!

# SANTA MARIA

En búsqueda del personaje recorrieron varios carnavales de febrero en febrero, se internaron en el Mediomundo con la cámara fotográfica alerta, tomaron vino, hasta con repugnancia, en todos los boliches posiblemente frecuentados, revisaron palmo a palmo las calles reviejas del Barrio Sur, hablaron con las negras canosas que preparaban atados de ropa limpia para entregar a sus patronas, llegaron hasta el Brasil pretendiendo adivinar su presencia en los ritos profusos del "candomblé" donde Exú oficiaría de primo lejano mediador y el aroma de cachaça atraería al forastero irredento.

Todo fue inútil.

Los Políticos no intuyeron que el transhumante de esta historia estaba en el puerto, como siempre, tomando lenta-

mente un vaso de vino tinto y comiendo con unción un filete pegajoso de pescado frito.

Creyeron los Políticos haberlo visto caminando por la calle Sarandí. Hubo uno de ellos que dijo que quizás se hubiera ido a Buenos Aires. Finalmente, cundió el desánimo. No recibieron mucha ayuda de los habitantes del pueblo. Estos, generalmente, escapaban al encuentro de los Políticos y algunos los confundían con predicadores evangelistas. Pensaron que era tarde. Especularon con una posible muerte accidental y oscura.

## II

La luna presagiaba algo terrible, imprevisible. El negro Julián lo había leído en algún libro de cuentos o se lo había explicado la maestra cuando iba con túnica blanca a la escuela y los compañeros lo llamaban Cafeconleche.

Siempre la luna era un presagio dentro de su hálito ambarino. Dos nubes se acercaban y el negro calculó que la luna se movía. El puerto estaba quieto. El olor de pescado frito en pésimo aceite salía en torbellinos de humo por la ventana de la cocina del bodegón. El vino corría allí como la sangre, violento, púrpura. Todas las noches eran iguales. A determinada altura de las discusiones sobre fútbol o política alguno

pasaría de las palabras a las manos y luego sería serenado por los parroquianos más viejos y experientes. Pero para Julián eso no significaba nada. Sólo le importaba la luna en esa noche y ésta presagiaba algo tremendo. Por la calle angosta, con tachos de basura y gatos, pasó lentamente un camión viejo y ruidoso. El negro no quería mirar la luna. Sin embargo, pícaro, como olvidadizo, daba vuelta la cabeza y sus ojos se incrustaban en la gran bola amarilla.

## III

Nadie en la ciudad podía olvidar ese domingo señalado en el calendario con números rojos. Hasta el hartazgo, los periódicos y los informativos radiales y televisivos habían anunciado el Plebiscito. Llegaba por fin el día y con él se acercaba el fracaso rotundo de los Políticos, imposibilitados de dar la respuesta mediante el hallazgo del personaje.

Ese domingo, desde las 8 de la mañana, los habitantes mayores de edad estarían en sendas filas portando el voto en su mano derecha.

Desde hora temprana los bolsos de las mujeres se llenaban de empanadas, bananas, tortas y cocacolas. La reunión sería en la playa y los altavoces dejaban escuchar una melosa voz femenina indicando el camino, voz que se

intercambiaba con la música del pericón. El sol quemaba. Las olas marcaban el ritmo del viento y del reloj. Los muchachos suspendían el juego de voleibol ante el paso de alguna bella joven bronceada luciendo su flamante tanga. Silbidos. Aplausos. Era un día de fiesta. Los niños hacían castillos de arena y chapoteaban en el agua de la orilla. La presencia de los vigilantes con cascos de guerra y fusiles automáticos era innecesaria: nadie leía un libro en ese día. A cada minuto, más y más sombrillas se instalaban en la arena. El gentío congestionaba el tránsito de los vendedores ambulantes.

Al mediodía, comenzaron a darse los primeros cómputos de la votación. Normal y tranquila. Las cifras aumentaban. El voto era obligatorio. Con esfuerzo, los lisiados, luego de haber pasado dificultosamente por las urnas, llegaban a la orilla del mar y se mojaban la frente. Los sordos parecían entender el triunfo de los Militares y saltaban alegres cada media hora. Sólo los dementes estaban ausentes de la euforia colectiva y se dedicaban, impertérritos, a mirar el horizonte y las gaviotas.

Ninguno de los presentes deseaba retornar a su casa. Todos estaban adormilados por el espectáculo ya que habían pasado muchos años desde que el decreto de prohibición de

reuniones públicas se hubiese implantado en la ciudad. De no ser por el plebiscito las playas hubieran estado desiertas. Las gaviotas volaban sobre las cabezas de los concurrentes. A las seis de la tarde cundió el miedo. Entonces, la arena se fue quedando sin rubias, sin cerveza fresca, sin música, Los altavoces de la rambla suspendieron la transmisión. Hubo un gran silencio.

Las gaviotas volaban de mil maneras diferentes y Julián creyó haber descubierto en ese vuelo una recóndita esperanza, un llamado a la cordura. Pero era tarde. Como rápida tormenta se acercaba la venganza. La luna lo había anunciado. El agua del mar era ahora oscura y fétida, con olor a peces muertos.

## IV

Por la noche los negros se encontraron en el Barrio Sur. Se dedicaron a empacar sus ropas y a regar las macetas de los patios, por instinto o por cábala. Se templaron las lonjas de los tamboriles en improvisadas fogatas con papeles de diarios. En la ciudad todo se había transformado. Las sirenas de los vehículos policiales sonaban por doquier. Nadie osaba estar en la calle.

El candombe inundaría esa noche el Barrio Sur con todo su ritmo. El candombe era la sal, el estímulo ardiente y pasional

que corría a la par del sudor de los morenos. Julián se sintió tocado por esa furia infernal, diabólica, que hacía más latente la locura de esa noche donde todos estaban ahí sin conocer el mañana, corriendo de un conventillo a otro, bailando, apretando fuertemente a los negritos entre sus brazos, donde las morenas jóvenes y calientes se despedían de sus amantes frugales. Ahora corría el vino como un río en la garganta, capaz de apagar la sed y el miedo. Un coro improvisaba un triste milongón que rompía en dos el cielo estrellado. Las últimas horas de la madrugada estarían destinadas a organizar el éxodo.

## V

Los negros llegaban en bandadas a Santa María. Muchos iban a recalar en el astillero donde eran contratados por Larsen.

Julián llegó a la pensión, una vieja casona que pertenecía al español Manuel Cipriano de Melo, y alquiló una pieza. Después que hubo dejado su ropa en el ropero, salió a la calle y se dirigió al bar de enfrente, el "Berna". Allí pidió un vaso de vino tinto y se dispuso a observar a los parroquianos. Después, enfiló hacia el astillero para pedir trabajo. Era experto en carpintería. Larsen lo contrató.

Al poco tiempo Manuel Cipriano de Melo falleció de un implacable ataque de tos, que le hizo fallar el corazón. Julián quedó a cargo de la pensión ya que el español no tenía herederos. Cuidó la vieja casona con mucho amor rebocándola y pintando a la cal todas sus piezas. Fueron pasando los meses. Un buen día, llegó al puerto de Santa María un moderno barco francés. En él vino una delgada y perfumada rubia con un hombre bajito, encorvado y entrado en años. Decidieron quedarse en Santa María. Luego de recorrer las calles bajas del puerto se dirigieron al "Berna" a preguntar por alojamiento. Allí los enviaron hacia la pensión de Julián. El empresario Doumont, trató con éste el alquiler de la pieza central, que tenía un gran espejo de rebordes dorados y una confortable cama de dos plazas. A la francesa no le gustó mucho la idea de vivir en la pensión y Julián lo intuía aún sin conocer el idioma. Sin embargo el empresario la convenció por la noche, luego de esperar que ella dejase de llorar y se bebiese media botella de anís.

La Francesa -como así la llamarían todos en Santa María- salía por las noches con Doumont y regresaba sola y en estado de embriaguez por las mañanas. Su lenguaje español era tan rudimentario como sus deseos de buena vecindad con los demás integrantes de la pensión.

Al poco tiempo, Doumont desapareció. Mientras tanto, la pieza central se llenaba por la noche de clientes de la dama y el patio se transformaba en un ir y venir de pasos nerviosos.

## VI

El domingo de Pascuas la Francesa se levantó temprano. Fue al patio a buscar agua y se encontró con la mirada penetrante de Julián, que estaba con el termo y el mate.

— Bonjour- saludó la dama. -Felices Pascuas- le respondió aquel. La Francesa entonces invitó al moreno para un chocolate por la tarde. Este aceptó gustoso. Estaba de muy buen humor.

— Tendré un invitado que quiere hablar con usted le confesó la dama.

— Es un hombre importante- siguió

Por la tarde Julián se puso su traje blanco y un sombrero de fieltro, camisa a rayas y corbata púrpura. Fue puntüal. A las seis estaba en la pieza central.

Onetti, el Viejo (como lo llamaban todos en el "Berna") llegó poco después. Era el invitado. Luego de hacer las presentaciones la Francesa mostraba su mejor sonrisa a los dos hom-

bres mientras corría desde la pieza a la cocina cuidando el chocolate.

El Viejo fue concreto: — Sabe, quería, hace tiempo, hablar con usted-. El negro frunció el entrecejo, para darse importancia. Lo siguió mirando atentamente. Onetti encendió un cigarro cubano. Convidó a Julián y éste, que jamás había fumado, rechazó la invitación. La Francesa llegó con las tazas de chocolate. — Yo voy a instalar en esta casa un quilombo- siguió hablando el Viejo. — Usted va a ganar mucho-, terminó.

El negro permaneció en silencio. Toda la ira provocada por las palabras de Onetti le hizo quemarse con la taza de chocolate recién servida. La dama, mientras tanto, se sentó nerviosa y observaba la cara del moreno.

— ¡Usted se va al carajo! -exlamó el negro luego de unos instantes. La reunión se suspendió de inmediato, entre la desesperación de la Francesa y la sorpresa del visitante. Julián se fue primero, poniéndose violentamente el sombrero de fieltro. Cuando éste se retiró, el Viejo le confesó al oído a la dama: —¿Sabe usted? este negro es mierda...

## VII

Mientras Montevideo seguía intacta, detenida en el tiempo, con el Palacio Salvo mirando al sur, con la música del

pericón, las librerías cerradas por clausura dictatorial, los mismos vigilantes, las mismas postales de Punta del Este ofrecidas en los quioscos a los turistas, Santa María fue creciendo apresuradamente. De modo que el pueblo tradicional, de casas bajas, de vida sosegada, se fue llenando de inmobiliarias que vendían en dólares las viejas casonas coloniales que luego serían remodeladas adosándole el aire acondicionado y los baños sauna. Aparecieron artistas de origen dudoso que instalaron sus galerías de arte y sus talleres de cerámica, las firmas importadoras de automóviles japoneses, las agencias de viajes que prometían deliciosos tours por el Caribe y Miami, colegios bilingües y universidades privadas, innumerables financieras que ofrecían créditos por doquier.

Julián se había tornado melancólico, hipocondríaco, distante. Frecuentaba el "Berna" con una asiduidad diaria. La pensión se había transformado en un elegante prostíbulo. Seis mujeres ocupaban sus piezas. Onetti, a quien ahora en el "Berna" llamaban Juntacadáveres, se había salido con la suya. En el amplio patio, ahora techado, se había instalado un moderno minibar de luz tenue atendido con esmero por la Francesa, que, con su risa estereotipada ya por el paso de los años, la rutina y el tedio, complacía a los habitués de turno que le contarían en pocos minutos sus penas amorosas.

Uno de esos días de otoño, donde la llovizna se enseñoreaba de la ciudad, víctimas del alcohol, Julián y la Francesa se redescubrieron mutuamente mientras ella le mostraba viejas fotografías y él se enternecía como un adolescente, secándole las lágrimas qu escapaban de sus ojos. Tirado sobre la cama, luego de hacer el amor, el negro navegaba también en la penumbra del recuerdo y aparecían imágenes del Mediomundo, del día del éxodo, de su hijo ignorado, de pasados carnavales.

## VIII

Los Políticos se reunieron apresuradamente ese día de verano en Punta del Este luego de ver la foto del negro y la Francesa en un diario de Santa María. Por fin habían encontrado al personaje perdido en aquellos días del Plebiscito. Ahora todo podía cambiar. Julián era el eslabón en la historia darwiniana de la política uruguaya. Gorlero se llenó de papelitos y bailes en la calle. Todos recordaban el Plebiscito y suponían que el fin de los Militares estaba cerca. Luego de una votación democrática decidieron dirigirse a Santa María en un moderno yate cedido para la ocasión por el Club de los Ingleses. Desembarcaron en las primeras horas de la tarde en el puerto de Santa María. Depositaron rosas rojas frente al monumento de los Inmigrantes situado frente al astillero.

Cuando llegaron a la vieja casona después de averiguar en el "Berna" los atendió Naná, una de las prostitutas. Demasiado tarde. Julián, la Francesa y Onetti habían emprendido un día antes viaje a España, definitivo.

# INDICE

INDICE SRL.
Gaboto 1384, tel.: 48 52 07
D.L. Nº 286.708/93